

Tengo mucho que contarle
Cuentos para un año (III)

Luigi Pirandello

Traducción de Marilena de Chiara



Publicamos por primera vez en España todos los cuentos que escribió Luigi Pirandello, Premio Nobel de Literatura 1934. Son la parte menos conocida de su producción literaria, pero es la que él más amaba y en la que trabajó desde su adolescencia hasta el final de su vida. Es en los relatos donde Pirandello se muestra más natural e imaginativo y contienen la clave de su gran capacidad para crear personajes.

Por la diversidad de temas, estilos y estructuras estos cuentos suponen un fresco, lleno de humor y ternura, de la Italia de la época —especialmente de su Sicilia natal—, que nos hace entender la cultura y la sociedad de aquel país, a la vez que representa la condición humana.

Pirandello escribía en una carta a su hermana: «Yo vivo por la alegría de ver narrar la vida desde mis páginas, extrayéndola de mi cuerpo, de mi sangre, de mi carne, de mi cerebro. Es un trabajo constante de destrucción para crear». Se había propuesto escribir 365 cuentos; fueron algunos menos porque una pulmonía se lo llevó de este mundo, como si fuese uno de los personajes de sus relatos.

EL VIEJO DIOS

Esmirriado, un poco encorvado, con un trajecito de tela que le quedaba grande, el paraguas abierto y apoyado en el hombro, y el viejo sombrero de jipijapa en la mano, el señor Aurelio iba cada día hacia su precioso lugar de veraneo.

Había descubierto un lugar... un lugar que no se le ocurriría a nadie. Y le hacía feliz pensar en ello, frotándose las manitas nerviosas.

Algunos veranean en la montaña, otros en la playa o en el campo; él: en las iglesias de Roma. ¿Por qué no? ¿Acaso allí no se está más fresco que en un bosque? Y también en santa paz. En los bosques hay árboles; aquí, columnas en las naves. Allí, a la sombra de las frondas; aquí, a la sombra del Señor.

Eh, ¿qué se puede hacer? Tener paciencia.

Antaño, él también poseía un hermoso campo, cerca de Perugia, con muchos cipreses pequeños y frondosos; y a lo largo del canal, la elegancia de unos sauces delgados y morados y el dulce azul de la sombra que inunda. Y una villa magnífica, con una preciosa colección de obras de arte en el interior: ¡ah, la envidiada decoración de la casa Vetti!

Le quedaban las iglesias, ahora, para veranear en ellas.

Eh, ¿qué se puede hacer? Tener paciencia.

Llevaba muchos años en Roma, pero aún no había conseguido visitar todas las iglesias más famosas. Lo haría este año, durante el verano.

Por el camino de la vida el señor Aurelio había perdido esperanzas, ilusiones, riqueza y muchas otras cosas bonitas: sólo le quedaba la fe en Dios, que actuaba, en la oscuridad

angustiosa de su arruinada existencia, como un pequeño candil: un candil que él, avanzando así, encorvado, resguardaba como mejor podía, con cuidado temeroso, del soplo helado de las últimas desilusiones. Vagaba como perdido en el torbellino de la vida, y ya nadie se ocupaba de él.

«No importa: ¡Dios me ve!», exclamaba para sus adentros.

Y el señor Aurelio estaba muy seguro de que Dios lo veía gracias a su pequeño candil. Tan seguro, que el pensamiento del final inminente, en vez de desalentarlo, lo consolaba.

Las calles, bajo el sol caliente, estaban casi desiertas. Sin embargo, para él siempre había alguien —un golfillo, un mozo de estación— que, al verlo pasar con su lúcido y descubierta cráneo, su barbita leve y trémula en el mentón y su cabellera gris, también trémula en la nuca, le dirigía un insulto jocoso.

—¡Mira: dos barbitas! ¡Una adelante y la otra atrás!

Pero, en verano, el señor Aurelio no podía soportar el sombrero en la cabeza. Sonreía y aceleraba, casi sin querer, sus pequeños pasos de perdiz, para evitar la tentación de nuevas burlas.

Eh, ¿qué se puede hacer? Tener paciencia.

Entrando en la iglesia designada aquel día para veranear en ella, quería en primer lugar gozar de la propia llegada: sentarse. Y respiraba; se secaba el sudor; luego, con diligencia, doblaba en cuatro el pañuelo y se lo ponía en la cabeza, así doblado, para protegerse de la húmeda frescura.

Algunas de las pocas devotas que se volvían para mirarlo, viéndolo con aquel gracioso gorro, sonreían ligeramente.

Pero el señor Aurelio, en aquel momento, se sentía feliz respirando aquel aire húmedo con sabor a incienso, que se

estancaba en la solemne y silenciosa vacuidad del interior sagrado; tampoco sospechaba que alguien, incluso allí, en la casa de Dios, se divertiera riéndose de él.

Tras descansar un poco, empezaba a examinar la iglesia, muy lentamente, como si tuviera que pasar allí el día entero. Y estudiaba la arquitectura y los detalles con atención amorosa. Se detenía ante cada retablo, ante cada mosaico, cada capilla, cada monumento fúnebre, y con el ojo experto descubría enseguida las peculiaridades de la época y de la escuela a las cuales se adscribía la obra de arte, y si era auténtica o había sido desfigurada por retoques de infelices restauraciones. Luego volvía a sentarse; y si en la iglesia, como a menudo ocurría a aquella hora y en aquella estación del año, estaba solo, aprovechaba para tomar en una modesta libreta alguna nota, las dudas que quería aclarar, sus impresiones.

Una vez satisfecha de esa manera la curiosidad inicial y cumplida, por aquel día, la tarea artística que se había propuesto, sacaba del bolsillo algún libro de lectura amena, que por sus dimensiones pudiera parecer un libro de oraciones, y se ponía a leer. De vez en cuando levantaba la cabeza para resumir o imaginar la escena descrita por el poeta. Con la lectura de libros profanos no temía ofender la casa del Señor. Según su manera de ver, Dios no podía resentirse por las cosas hermosas que los poetas creaban para delicia inocente de los hombres.

Cansado de la lectura, se abandonaba, con los ojos clavados en el vacío y frotando el índice y el pulgar de sus dos manitas, a sus fantasías y a los recuerdos de los años perdidos. A veces, mientras fantaseaba así, completamente absorto, veía en el nicho de la columna de enfrente algún busto, que parecía estar asomado, mirando en la iglesia.

—¡Oh! —decía entonces, meneando la cabeza con una sonrisa—. Eres tú, feliz amigo mío. ¿Se está bien una vez muerto?

Y se levantaba de nuevo para leer en la inscripción fúnebre el nombre de aquel sepultado, luego volvía a sentarse y conversaba con él mentalmente, mirándolo.

«¡Aquí estamos, mi querido Hieronymus! Lástima que ya no esté permitido hacerse sepultar en la iglesia. Haría que me excavaran un bonito nicho en el pilar de enfrente y, tú allí, yo aquí, ambos asomados, ¡verías qué conversaciones sostendríamos! Tienes cara de buen hombre, pobrecito, y por eso seguramente me contarías problemas. ¡Bah! ¿Qué se puede hacer? Tener paciencia. Pero me parece que en la iglesia se está mejor, una vez muertos. Este buen olor a incienso, y misas y oraciones todos los días. En el cementerio, si queremos decir la verdad, llueve».

Pero la muerte, incluso en el cementerio, eh... era una liberación, cuando en la tierra, más que para vivir bien, se aguanta para prepararse a morir sin miedo. El señor Aurelio no esperaba recompensas al otro lado; le bastaba con tener aquí, hasta el último paso, la conciencia tranquila de no haber hecho nunca el mal por voluntad propia. Conocía las dudas temerosas, acumuladas por la ciencia como tantas nubes sobre la luminosa explicación que la fe propone acerca de la muerte, sí, por haberlas leído en algún libro, y sí, por haberlas quizá respirado en el aire; y añoraba que el Dios de sus días, incluso para él, creyente, no pudiera ser el que en seis días creó el mundo, y al séptimo descansó.

Aquella mañana, al entrar en la iglesia, le había sorprendido a él el aspecto del sacristán, un viejo de apuesto aspecto, muy barbudo y cabelludo y orgulloso de su gran barba lanosa y de aquella cabellera peinada con raya en el medio y los mechones ondulados en los hombros. Bella, sólo la cabeza. El cuerpo achaparrado, encorvado y cansado, parecía cumplir una pena sosteniéndola, con todo aquel volumen de pelos.

Ahora bien, el señor Aurelio, reflexionando sobre la vida y la muerte, considerando amargamente los mezquinos beneficios del alma en ese tan célebre Siglo de las Luces, con el pensamiento dirigido hacia el viejo Dios de la intacta fe paterna, poco a poco se durmió. Y aquel viejo Dios, en sueños, vino a verlo, envorvado, cansado, sosteniendo con fatiga sobre los hombros la enorme cabeza barbuda y cabelluda del sacristán de la iglesia; se sentó a su lado y empezó a desahogarse, como hacen los viejitos sentados en los bancos de las residencias geriátricas:

—¡Corren malos tiempos, hijo mío! ¿Ves a qué estado me he rebajado? Estoy aquí como guardián de los bancos. De vez en cuando, entra algún forastero. Pero no entra por Mí, ¡sabes! Viene a ver los antiguos frescos y los monumentos; se subiría a los altares, ¡para apreciar mejor las imágenes de los retablos! Malos tiempos, hijo mío. ¿Has oído? ¿Has leído los libros nuevos? Yo, Padre Eterno, no he hecho nada: todo se ha creado por sí mismo, naturalmente, poco a poco. No he creado Yo primero la luz, luego el cielo, después la tierra y todo lo demás como te enseñaron cuando eras niño. ¿Qué? ¡Qué! Yo no pinto nada. Las nebulosas, ¿entiendes?... La materia cósmica... Y todo se ha creado por sí mismo. Te hago reír: incluso ha habido un científico que ha tenido el coraje de proclamar que, después de haber estudiado el cielo en todos sus aspectos, no ha encontrado el mínimo rastro de mi existencia. Dime: ¿te imaginas a ese pobre hombre, con su catalejo, tratando de cazarme por los cielos, sin sentirme dentro de su mísero y pequeño corazón? Me reiría de buena gana, hijo mío, si no fuera porque los hombres asumen una expresión interesada ante tales tonterías. Recuerdo bien cuando Yo los mantenía a todos en un terror sagrado, hablándoles con la voz de los vientos, de los truenos, de los terremotos. Ahora han inventado el pararrayos, ¿entiendes?, y ya no me tienen miedo; han explicado el fenómeno del viento, de la lluvia y de todo lo demás y ya no se dirigen a Mí para obtener algo en

gracia. Es necesario que me decida a dejar la ciudad y me decida a ejercer de Padre Eterno en los campos: ahí todavía viven algunas (no muchas) ingenuas almas de campesinos, para quienes no se mueve hoja de árbol si Yo no quiero, y soy siempre Yo el responsable del buen y del mal tiempo. ¡Vamos, hijo! Tú también estás mal aquí, lo veo. Vámonos, vámonos al campo, entre gente honesta, entre la buena gente que trabaja.

Ante estas palabras, el señor Aurelio, en sueños, sentía que su corazón se estremecía. ¡El campo! ¡Su suspiro! Lo veía como si estuviera allí, respiraba su aire balsámico... cuando, de pronto, se sintió sacudir y, abriendo los ojos, aturdido, oprimido por el estupor, vio —vivo— al Padre Eterno, precisamente a él, que seguía repitiéndole:

—Vamos, vamos...

—Pero si hace mucho que... —masculló el señor Aurelio, con los ojos desorbitados, aterrado por la realidad de su sueño.

El viejo sacristán sacudió las llaves:

—¡Vamos! La iglesia cierra.

TANINO Y TANOTTO

Por los campesinos que cada día iban desde el campo hasta la ciudad, con las mulas cargadas de provisiones, el barón Mauro Ragona sabía que su mujer seguía enferma y que también su hijo, ahora, había enfermado gravemente.

Lo de su mujer no le importaba. El suyo era un matrimonio equivocado, contraído por ambición juvenil y tonta.

Hijo de un campesino enriquecido, que, bajo el pasado Reino de las dos Sicilias,^[1] junto al feudo se había comprado la baronía, se había casado con la hija del marqués Nigrelli, educada en Florencia desde niña y que, según ella misma decía, no entendía el dialecto siciliano; pálida, rubia y delicada como una flor de invernadero. Fuerte, de una pieza, moreno, más bien negro como un africano, rostro duro, ojos duros, gruesos bigotes y pelo fino, encrespado y muy negro, él ahora se decía campesino y se vanagloriaba de ello.

Ambos habían entendido pronto que la convivencia era imposible. Ella lloraba siempre; sin razón, creía él. Por su parte, se aburría y, como respuesta a aquellas lágrimas, resoplaba. Pero de la unión había nacido un niño, rubio, pálido y delicado como su madre, quien desde los primeros días se había mostrado muy celosa de él, hasta el extremo de que su padre nunca había podido tocarlo y casi ni siquiera mirarlo.

Y entonces se había alejado de la ciudad sin dar explicaciones a nadie. Para hacer lo que quería. Se había ido al campo donde había nacido; había acogido a Bàrtola, la hermosa hija de un granjero muerto un año atrás, una campesina sana y alegre, llena de humilde bondad, que había

recibido como un gran honor, como una verdadera condescendencia el amor de su joven amo; también había tenido un hijo, pero moreno como él, robusto y regordete; y por fin se había sentido satisfecho.

Su mujer, contentísima.

Se habían alejado del todo, abiertamente, por un capricho estúpido: Mauro Ragona lo reconocía ahora. Un día al verse tratado de cualquier manera por su aristocrática mujer, las pocas veces que iba a la ciudad para ver a su hijo, había sentido que le hervía la sangre en las venas. Ah, ¿de verdad ella sentía tanto desprecio por él? ¿De verdad no lo consideraba digno de otra mujer que no fuera aquella Bàrtola que estaba en el campo con él?

—¡Te deseo! —le había gritado, exacerbado por el desdenoso rechazo de ella—. ¡Sigues siendo mi mujer!

Pero ella se había rebelado fieramente a la violencia que él quería imponerle, por orgullo. Cegado, Ragona había dejado que su ofendido amor propio lo llevara demasiado lejos, y se había ido, riéndose.

—¡Aquella, por otro lado, vale cien veces más que tú!

Desde aquella vez no había vuelto a la ciudad.

No le importaba, pues, que su mujer estuviera enferma. Pero que ahora hubiera enfermado también su hijo sí, y mucho. Hacía cinco años que no lo veía, pobre pequeñito, y sentía remordimientos: era su sangre, llevaba su nombre, el suyo, el nombre de los Ragona; sería el heredero de su riqueza, y mientras tanto crecía como un Nigrelli, completamente de su madre, que a traición le hablaba mal de su propio padre, de quien el pequeñito no podía ni acordarse, claro. Pero él se acordaba: ah, era tan bonito, como un angelito, con aquellos rizos rubios y aquellos ojos límpidos, color del cielo. Quién sabe cómo sería, después de cinco años... y enfermo, ahora, gravemente... ¿Y si moría, si moriría sin conocer a su propio padre?

Bàrtola, en aquellos días, mantenía lejos a Tanotto, su hijo, viendo al amo tan preocupado por el otro. Compre-

día, con su devoto corazón, que la visión de Tanotto, alegre y despreocupado, no podía resultarle grata a su amo, en aquellos momentos; temía que actuara de manera agresiva con el pobre e inocente pequeñito, temía que lo rechazara, como a un perro inoportuno. Ella misma apenas se arriesgaba a pedirle noticias.

—¡No sé nada! ¡No me saben decir nada! —le contestaba él, duramente, agitándose.

Y Bàrtola no se ofendía por aquella dureza. Pensaba que era provocada por el dolor por el hijo, y juntaba las manos, levantando la mirada al cielo. ¡La Virgen Santa tenía que curar pronto a aquel niño! No podía ver a su amo tan angustiado.

—Deja en paz a la Virgen —le dijo él un día, irritado—. ¡Sé que te gustaría que mi hijo se muriera!

Bàrtola abrió los brazos y los ojos, asombrada, con el corazón herido, sin poder creer que el amo hubiera podido pensar algo semejante de ella.

—¿Qué dice su Señoría? —balbuceó—. ¿No sabe que por el señorito daría incluso la vida de mi propio hijo?

Se tapó el rostro con las manos y se puso a llorar.

El barón, poco antes, con la frente apoyada en los cristales del balcón, había visto a Tanotto en el patio delantero de la villa jugando con el perro y con los pavos, y se le había ocurrido aquel mal pensamiento. Ahora se arrepentía por haberlo manifestado tan cruelmente; pero en vez de expresarle su arrepentimiento a Bàrtola, se irritó por el llanto que le había injustamente provocado.

—¡Mi hijo no tiene que morir! —gritó, cerrando los puños y agitándolos en el aire—. ¡No tiene que morir! No quiero, ¿lo entiendes?

Bartola sí que lo entendía; entendía que para el amo su hijo, el hijo verdadero, era aquel. Este, Tanotto, era el hijo de ella, y nada más: hijo de una pobre campesina, que, si muriera, evitaría los sufrimientos y las duras fatigas que ya lo estaban esperando, mientras aquel, el señorito, si murie-

ra (¡Dios nos libre!) causaría un gran daño, porque era rico y hermoso y había nacido para vivir y para disfrutar, y el Señor tenía que protegerlo siempre.

Hacia el atardecer de aquel mismo día, el barón Ragona hizo que le ensillaran el caballo y se fue a la ciudad, con la escolta de dos campesinos.

Llegó ya avanzada la noche, y encontró en casa al marqués Nigrelli, que había venido a propósito desde Roma, donde, como viejo mujeriego impenitente, malgastaba sus últimos bienes. Pequeño, seco, con la espalda rígida, los largos bigotes teñidos y engominados, recibió a su yerno con su habitual y ceremoniosa amabilidad, como si no supiera nada de nada:

—Oh, mi querido barón... mi querido barón...

—Mis respetos —masculló Ragona, mirándolo, sombrío, a los ojos, y dejándolo allí, con la mano extendida; luego, viendo que el marqués levantaba aquella mano para darle amorosamente una palmadita en el hombro, añadió, irritado—: Le ruego que no me toque. ¿Dónde está mi hijo?

—¡Eh, está malito! —suspiró el marqués, desenvuelto, llevándose las manos a las puntas de los bigotes engominados—. Malito, mi querido barón... Venga, venga conmigo...

—¿Está en la habitación con su madre? —preguntó, deteniéndose, Ragona.

—Eh, no —contestó Nigrelli—. Han tenido que trasladarlo a otra habitación porque, ¿entiende?, necesita aire, mucho aire, y a Eugenia le haría daño. Se trata de tifus, desgraciadamente, mi querido barón... Por eso he pensado...

—¡Dígame dónde está! —lo interrumpió, seco y agitado, el barón—. ¡Acompáñeme!

Después de cinco años, se sentía un extraño en su propia casa; estaba desorientado por todos los cambios que su mujer había realizado en ella. En la habitación donde ya-

cía el niño, vio antes que nada, al lado de la cama, a una monja de caridad, y se turbó profundamente.

—La he llamado yo —explicó el marqués—. Quería decirle esto. Al no poder la madre, ¿qué asistencia sería más amorosa?

Y terminó la frase con una graciosa sonrisa dirigida a la joven monja, que enseguida bajó la mirada, protegida por las dos alas blancas de su cofia.

—¡Ahora estoy yo aquí! —dijo el barón, acercándose a la cama; luego, viendo al pequeñito en los huesos, amarillo como la cera, casi calvo, exclamó—: ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío! —con tres suspiros que parecieron petrificarle el corazón.

El pequeñito lo miraba desde la cama, perdido, conster-nado, sin saber quién era aquel que lo llamaba así. Él comprendió la expresión de aquella mirada y estalló en sollozos.

—¡Soy tu padre, hijo mío! Tu padre, tu padre que te quiere tanto...

Y se arrodilló al lado de la cama y empezó a acariciar el pequeño y esmirriado rostro de su hijo, a besarle las manitas, tiernamente: todos los deditos, y luego el dorso y la palma, que quemaban, de aquella manita querida, demarcada... ¡Ah, Dios, cómo quemaba!

No se alejó de aquella cama, ni de noche ni de día, durante un mes. Despidió a la monja de caridad, aquella fea cofia le parecía de mal augurio; y quiso ocuparse él de todo, sin concederse un momento de tregua, sin pegar ojo durante varias noches, rechazando incluso la comida, rechazando cualquier ayuda. No preguntó por su mujer; ni siquiera quiso saber qué enfermedad tenía: en aquellos días vivió sólo para su pequeñito, quien, poco a poco, por gratitud instintiva, al calor de aquel amor siempre atento, no pudo vivir sin el barón, y lo abrazaba fuerte, y lo acariciaba mientras él se sentía ahogar por la emoción.

Una vez vencida la enfermedad, los médicos le aconsejaron que se llevara a su hijo al campo, para favorecer la

convalecencia con el cambio de aires.

—No era necesario que me lo aconsejaran. Ya lo había pensado —les dijo Ragona a los médicos.

Y dio órdenes para la partida, ocupándose de todos los detalles, para que su hijito enfermo tuviera en el campo todas las comodidades, para que no le faltara de nada.

Pero cuando su mujer enferma se enteró de aquellos preparativos, temiendo que su marido quisiera llevarse al niño para siempre, montó en cólera y pagó las consecuencias el pobre marqués Nigrelli, que tuvo que correr de uno a otra, refiriendo invectivas, preguntas, respuestas, que él, como educado caballero, se esforzaba por atenuar, disfrazándolas como mejor podía.

En cierto punto, el barón cortó por lo sano:

—¡Oh, en fin! Dígale a su hija que yo soy el padre y que mando yo.

—Sí, pero usted... allí, en el campo tiene —intentó objetar el marqués por cuenta de su hija— sí, digo... su situación.

—Dígale a su hija —continuó el barón con el mismo tono— que conozco mi deber de padre, ¡y que con eso basta!

De hecho, les había ordenado a los campesinos que venían del campo que avisaran a Bàrtola para que dejara la villa y se fuera con Tanotto a la casa colonial. Antes de irse, estableció con su mujer que el hijo, de ahora en adelante, estaría con él en el campo durante los *meses grandes*, como él, tal como hacían los campesinos, llamaba al tiempo que corre entre marzo y septiembre, y el invierno, los *meses pequeños*, con ella.

Aquella orden de su amo le había parecido a Bàrtola muy justa. Claro, al llegar el señorito, ella no podía permanecer en la villa. Pero el amo —sin pensar en nada malo— tenía que concederle una gracia: dejarla servir al señorito, porque ninguna otra mujer asalariada podría hacerlo con más amor y más celo. Segura de obtener esa gracia, traba-